

Su original é ingeniosa teoría, en una época en la que era desconocido el sistema solar de Copérnico, fué considerada como de gran peso por los pilotos, que se tranquilizaron, y comunicaron su tranquilidad à los marineros.

El fenómeno es en nuestros dias conocido; su causa aún permanece oculta.

Es uno de los grandes misterios de la naturaleza, sencillo en la apariencia, pero impenetrable.

La ciencia baja la frente ante él.

La soberbia del hombre se estrella en la inquebrantable barrera con que lo defiende la Providencia.

Poco despues de amanecer el dia 15, vieron que las yerbas se aumentaban y que parecían yerbas de rio, tanto más, cuanto que hallaron una porcion de ellas, y cogieron un cangrejo vivo.

El agua del mar era ménos salada, los aires más suaves, y estos indicios devolvieron la calma y la alegría á los tripulantes, estableciéndose entre las tres carabelas una especie de competencia para ver cuál era la que avanzaba más en aquel camino á la ventura.

—Ved esas aves que revolotean en torno de las velas, dijo á Colon el piloto de la *Santa María*, ¿no son toninas?

—Sí por cierto, contestó el almirante.

Poco despues oyó una detonacion.

Uno de los marineros de la *Niña* habia disparado su mosquete y habia muerto á uno de aquellos pájaros.

En medio de la inmensidad del mar, cuando se avanza sobre el abismo con el deseo de hallar el puerto salvador, lo que pasaria desapercibido para los hombres observadores de la tierra, es un gran acontecimiento para los marinos.

El exámen de las algas que arrastraban las olas en su majestuosa carrera, la observacion de los pájaros que cruzaban

el espacio ó revoloteaban en torno de las velas de las embarcaciones, aprovechando algun momento para posarse sobre las galerías de los buques y arrebatár á los marineros los desperdicios de las provisiones, tenían que ser necesariamente las ocupaciones más importantes de aquellos hombres que caminaban al acaso, y que no teniendo pruebas ni seguridad de hallar tierra, necesitan al ménos tener indicios.

Colon, práctico ya en la vida del mar, satisfacía la curiosidad de sus compañeros con sus explicaciones, y calmaba su zozobra con el lenguaje de la más profunda conviccion.

—Ved á lo léjos un ave blanca como la que vimos hace dos ó tres dias, exclamó Velez. ¿No nos dijisteis que era un rabo de junco?

—Sí, por cierto, contestó Colon á su interrogador, y esto me prueba que no estamos muy léjos de tierra, porque ese pájaro no duerme nunca en el mar.

Martin Alonso, que dirigia la *Pinta*, carabela velera como pocas, envió el 18 de Setiembre un aviso en su lancha á la embarcacion almirante, diciendo al jefe de la expedicion que habia visto gran multitud de aves dirigirse hácia el Poniente, y que teniendo proporcion de avanzar más que las otras carabelas, estaba seguro de que aquella misma noche veria tierra.

Las naos se aproximaban á unos rompientes que habia hácia el Oeste; pero de las que aún se hallaba á bastante distancia.

Un nuevo pájaro que Colon designa en sus Memorias con el nombre de *alcotraz*, acudió à visitarlos al dia siguiente.

Por la tarde vieron otro, y la aproximacion de estas aves al mismo tiempo que unos llovizneros sin viento, le demostraron que se aproximaban rápidamente á la tierra.

Sin embargo, por si se engañaba ó por si la tierra que pa-

recia era solo alguna isla, no quiso fomentar la esperanza en sus marineros que, más que la gloria y las riquezas que habían ido á buscar, deseaban hallar tierra, porque temian verse condenados á morir en el seno del mar.

Colon habia obrado cuerdate, porque la tierra que anunciaban las yerbas y las aves, no eran más que algunas islas de escasa importancia.

Pero como el deseo de Colon era seguir siempre hácia adelante á encontrar el derrotero de las Indias y el tiempo era á propósito para caminar, arengó á su gente y consiguió, animando sus esperanzas, que prosiguiesen adelante.

A la sazón se hallaba la *Niña* á cuatrocientas cuarenta leguas de las Canarias, la *Pinta* á cuatrocientas veinte, y á cuatrocientas justas la *Santa María*.

Los alcatraces continuaron visitando las carabelas.

Volvieron á ver yerba, y tendiendo un lazo á uno de los pájaros que no parecia querer abandonar la embarcación de Colon, lograron apoderarse de él.

Era pájaro de río.

Sus piés se parecian á los de la gabiota.

Lo conservaron, y al amanecer del día siguiente llegaron dos ó tres pajarillos de tierra, que desaparecieron apenas alumbró el sol en toda su plenitud.

Más de cincuenta días de viaje llevaban, y la paciencia de los tripulantes empezaba á tocar á su término.

¡Cincuenta días en medio de la inmensidad del Océano; cincuenta días de duda y de esperanza con el tiempo suficiente para reflexionar todos en su pasado, en su porvenir, en las afecciones que habían dejado en tierra. Solo veian como término de aquella expedición un ignorado sepulcro!

Que Colon no se intimidase ante el peligro, que su constancia no se amenguara en lo más mínimo, fácilmente se comprende.

Llevaba en su mente el pensamiento de una gran empresa que iba á realizar; como ninguno de los que le acompañaban comprendia la gloria que alcanzaria para su nombre y la fortuna que conseguiria obtener para sus hijos, si realizaba sus designios, aun cuando el peligro que corria se apareciese á sus ojos mayor aún que á los de los marineros, podia pesar en un lado la grandeza del triunfo, en lo otro lo horroroso de la derrota y tener ánimos para seguir adelante.

Pero aquellas pobres gentes, acostumbrados los unos á entregarse al culto del vicio, los otros á una vida activa y laboriosa, no podian conformarse con aquella existencia aislada, y creian que se les arrastraba en busca de un fantasma que podria convertirse para ellos en un verdadero ángel exterminador, con su espada de fuego, saliendo desde el seno de las aguas á castigar su audacia y su ambición.

En diferentes ocasiones habían manifestado los que le acompañaban su temor, sus dudas, pero Colon habia encontrado el medio de renovar el entusiasmo en su abatido espíritu.

¡Sublime ejemplo de energía, de constancia!

¡Ah! sí, figuraos por un instante á aquel hombre tan trabajado ya en las Cortes de Portugal y de España, á un hombre que tantos desengaños habia sufrido, figuráosle, repito, realizando su empresa con zozobra y temor tambien, por más que le alentara la esperanza; pero teniendo que ocultar á todos los que le acompañaban sus temores, porque si veian que decaian sus fuerzas, le obligarian á retroceder, ó podrian, aconsejados por la ira y la venganza, rebelarse contra él y malograr su empresa.

Porque ir con rumbo fijo á través de los mares; arrostrar las tempestades y las inclemencias en un punto distante de la tierra, requiere gran valor, pero es empresa fácil.

No lo es tanto avanzar sin rumbo fijo, sin esperanza cierta,

y esto es lo que hacia Colon, y esto es lo que obligaba á hacer á los que le acompañaban.

El ardid que habia puesto en práctica Colon para hacer creer á los suyos que el viaje era más corto de lo que era en realidad, puesto que sustraia todos los dias, al dar cuenta á su gente de lo que habian andado, algunas leguas, empezaba á ser infructuoso.

Hasta entónces los vientos habian sido favorables.

Pero llegó un dia de calma.

Las tres carabelas parecian estacionadas en un mismo punto, y en aquel dia empezó á verse de una manera clara y amenazadora la actitud de despecho en que se hallaban los compañeros de Colon.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.

Convocando en su carabela á los capitanes de las otras dos, y reuniendo en torno suyo á los pilotos y á aquellos de los navegantes que no necesitaban prestar servicios en los buques:

—Seguro estoy, les dijo, de que nos hallamos á muy corta distancia de la tierra. A la altura en que estamos podremos encontrar no una sola, sino varias islas donde guarecernos. ¿Pero qué adelantariamos con eso? Hemos venido á buscar el derrotero de las Indias; hemos venido á buscar un nuevo mundo, que en mi concepto existe, y necesitamos tener bastante energía, bastante abnegacion para renunciar al pueril placer de sentar nuestra planta sobre la tierra y seguir adelante, porque no tengo la menor duda de que nos acercamos á la realizacion de mis proyectos.

Os he llamado para comunicaros mi esperanza, que es casi una seguridad, para comunicaros la fe que yo tengo en la empresa.

Estas elocuentes palabras no produjeron el efecto que otras veces.

Los marineros y los pilotos se conformaron porque no tenían otro remedio.

Martin Alonso y su hermano, el capitan de la *Niña*, no estaban tan desanimados como sus compañeros.

Pero engreído el primero con sus conocimientos científicos, empezaba á considerar á Colon con ménos indulgencia.

Sin ir más léjos, dos dias despues del en que Colon convocó á los navegantes en torno suyo, manifestó Martin Alonso que debian navegar á la cuarta del Oeste.

Pero no viendo el ilustre genovés en esta indicacion más que el deseo de encontrar pronto tierra, aunque fuera únicamente una isla, le desoyó por completo, manifestándole con entereza que primero necesitaban encontrar tierra firme.

—Las islas ya las hallaremos, añadió.

Los reyes al disponer la expedición, habían anunciado que concederían una pensión de treinta escudos al primero que descubriese tierra, y cuando al desaliento sucedía el entusiasmo en el corazón de los marinos, se esforzaban los de las carabelas en avanzar, para obtener el premio.

El día 7 de Octubre, la *Niña*, que era muy velera, se adelantó á las otras dos carabelas.

Poco después de amanecer levantaron sus tripulantes una bandera en el tope del mástil, y tiraron una lombarda.

Estas dos señales conmovieron profundamente á los navegantes.

—¡Han visto tierra, han visto tierra! gritaron los de la *Pinta* y la *Santa María*.

Y se asomaron á las galerías, y se subieron á los palos para ver si divisaban la tierra que les parecía habían visto sus compañeros.

Pero habían partido muy de ligero los de la *Niña*, porque después de andar todo el día hacia el punto donde les había parecido ver tierra, á la caída de la tarde se encontraron con que á pesar de haber andado más de veintiocho leguas, no realizaban sus esperanzas.

Como todos los marineros deseaban el premio ofrecido por los reyes, á cada instante daban el grito de tierra.

Para terminar estas falsas alarmas, fuente de continuos engaños, dispuso Colon que si alguno daba la noticia y no se descubría tierra en los tres días posteriores al anuncio, perdiese todo derecho al premio.

Pero observaron otro indicio de tierra más convincente que los que hasta entonces habían hallado.

Por encima de los barcos pasaban desde el Norte al Sudoeste multitud de aves que iban á dormir en tierra.

Calculando la hora de la noche, pensó Colon que no debía

estar á mucha distancia el sitio de reposo de aquellos pájaros.

Siguiendo el camino que le trazaban las aves, no tardó en hallarse en un espacio que más que mar parecía río.

Aires suaves, templados y olorosos, acariciaban las velas de las naos.

La yerba que arrastraba el agua era muy fresca, y vieron muchos pájaros del campo, algunas ánades, y no pocos alcatraces.

Pasaron tres días, en los cuales recorrieron más de cien leguas, con la particularidad de que al segundo día se cambió el viento, tomando las proporciones de un verdadero temporal.

Colon había dispuesto que al amanecer y al anochecer se reunieran las carabelas todo lo más posible.

Al final del tercer día, después de tantas esperanzas frustradas, la indignación de los marineros llegó á tomar un carácter alarmante.

Todos rompieron en bulliciosa turbulencia.

—Esto es desafiar las iras del destino, decían unos.

—Bogar por una inmensidad de agua sin límites, añadian otros.

Y todos á una, lo mismo los de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, manifestaban abiertamente deseo de renunciar al viaje como cosa perdida, y desandar el camino que habían andado.

Colon trató de pacificarlos con palabras afables y promesas de encontrar próxima tierra.

Pero al ver que sus palabras no tenían influencia entre aquellas gentes; al ver que los Pinzones, ofendidos en su amor propio porque no había seguido sus consejos, parecían ponerse del lado de los rebeldes, tomando una actitud enérgica y jugando el todo por el todo:

—Es inútil murmurar, exclamó con decidido acento. La expedición ha sido preparada por los reyes para buscar las Indias, y por nada del mundo retrocederé hasta que, con el favor de Dios, lleve á cabo la empresa que he acometido.

No falta historiador que asegure que al ver Colon las serias proporciones que tomaba la rebeldía de sus marineros hizo con ellos el pacto de desistir de su empresa si tres dias despues no hallaba tierra.

No es verosímil.

¡El génio no se doblega nunca á la vulgaridad!